



«En silencio se mueven las nubes, las estrellas, la luna y el sol. Necesitamos el silencio, decía la Madre Teresa de Calcuta, para poder tocar otras almas». / R. ABELLA



EL SÉPTIMO DÍA
 por Rubén Abella

Elogio del silencio

Es la una de la mañana de un miércoles del mes de junio y estoy a punto de quedarme dormido en el sofá. Apago la televisión, voy arrastrando los pies hasta el cuarto de baño, me lavo los dientes con los párpados a media asta, entro bostezando en el dormitorio y me acuesto. Por unos instantes considero leer un poco –tengo sobre la mesilla los cuentos de Joyce Carol Oates, todo un lujo–, pero el sueño me vence. Antes de perderme en la inconsciencia me vuelvo sobre un costado y se me ocurre una idea para una historia: un hombre regresa a casa en su coche, pero las obras y desvíos que plagan la ciudad lo apartan de su ruta y lo alejan cada vez más de su destino. Un relato kafkiano, acierto a pensar. Y me abandono. Me hundo en un sueño sin sueños. Duermo profundamente hasta que, de pronto, en el piso de abajo empieza a sonar una música ramplona, repetiti-

va, atronadora, que hace temblar las paredes de la habitación. Me incorporo sobresaltado y miro el reloj: las dos menos cuarto. Vuelvo a tumbarme, me cubro la cabeza con la almohada y cierro los ojos con la esperanza de que cese el estruendo. Pero dan las dos, las dos y cuarto, las tres menos veinticinco, y el estruendo no cesa. Me levanto de la cama y, en medio de la penumbra, golpeo el suelo de parqué con la palma de la mano; al principio con moderación, luego, al ver que mi queja no surte efecto, con enojo. Al cabo de unos segundos el vecino baja el volumen y grita: «¡Qué pasa! ¿Es que no te gusta la música?». Quiero responderle que sí, pero no la suya, y menos aún a esas horas, pero me contengo y, envuelto en el silencio resucitado, suspiro y regreso a la cama.

Benjamin Disraeli decía que el silencio es el padre de la verdad. Pitágoras lo definía como la primera

piedra del templo de la filosofía. Entre las aficiones de la poetisa inglesa Edith Sitwell, según su propia confesión, estaban leer, escuchar música y el silencio. Para Oliver Wendell Holmes el silencio era un bálsamo que aliviaba las agresiones del ruido. El silencio es un amigo que jamás traiciona, aseguraba Confucio. Según Nietzsche, el camino hacia todas las cosas grandes pasa inevitablemente por el silencio. La Madre Teresa de Calcuta iba aún más allá. No podemos encontrar a Dios en el ruido y el desasosiego, afirmaba. Dios es amigo del silencio. La naturaleza –los árboles, las flores, la hierba– crece en silencio. Y en silencio se mueven las nubes, las estrellas, la luna y el sol. Necesitamos el silencio, decía, para poder tocar otras almas. Y, sin embargo, a mi me parece que la sociedad actual prefiere el ruido. Si las cosas siguen así, dentro de no demasiado tiempo el silencio no será más que una leyenda. Algo de lo que hablarán los ancianos durante sus paseos nostálgicos.

Sí, le hemos dado la espalda al silencio. La quietud nos perturba. Cada día inventamos nuevas formas de hacer ruido, de alejarnos de nosotros mismos. Nuevas formas de, con una generosidad desbordante, digna de mejores causas, compartir nuestra intranquilidad. Aporreamos el claxon sin mesura. Le quitamos el silenciador a las motos. Gritamos, silbamos, aullamos, cantamos. Hacemos fiestas ruidosas. Tiramos

cohetes y petardos. Tocamos flautas, yembés, didgeridoos y vuvuzelas. Ponemos música a todo volumen en casa, en los bares, en las tiendas, en los autobuses, en las piscinas, en la calle, en los coches, en la playa –hace poco estuve en una en la que era imposible oír el mar–. Por todas partes hay excavadoras, api-

Según Nietzsche, el camino hacia todas las cosas grandes pasa por el silencio

Emerson decía que debemos guardar silencio para escuchar el susurro de los dioses

sonadoras, taladradoras, máquinas de todas clases que gruñen sin descanso. Subimos al máximo el sonido de la televisión y la radio, para que todo el mundo vea y escuche con nosotros nuestros programas favoritos.

Hace unos días fui testigo de una escena chocante. Eran las ocho de la tarde y caminaba sin prisa hacia una plazuela de una ciudad próxima

a Valladolid. A medida que me acercaba, me llegó un rumor que poco a poco se fue convirtiendo en un estrépito de voces ininteligibles. «Ha pasado algo», pensé. Cuando por fin llegué a la plazuela, me detuve estupefacto. Era un rincón idílico. El lugar perfecto para refrescarse y hacer un alto en el camino. Había una fuente, varias hileras de plátanos, un palacio renacentista, una hermosa iglesia barroca, varios bancos para sentarse. Y, en medio de todo ello, una cabina de la ONCE de la que surgía una ensordecedora tertulia radiofónica. Encorvada frente a la ventanilla había una mujer que se desgañitaba para hacerse entender entre tanto griterío. Finalmente lo consiguió. Cogió el boleto, lo guardó en el bolso y se alejó despacio. La plazuela quedó desierta, sumida en el fragor de la radio. Da qué pensar, ¿no les parece?

Ralph Waldo Emerson decía que debemos guardar silencio para así poder escuchar el susurro de los dioses. ¿Pero qué vamos a escuchar si no somos capaces de oírnos a nosotros mismos? Creo que la incapacidad de estar en silencio es una de las lacras más funestas de nuestro tiempo. Y no quiero sonar pesimista, pero creo también, como el escritor norteamericano James Thurber, que vivimos abrumados por una ruidosa desesperación.

El silencio es el secreto de la luz. Un oasis necesario en un mundo ensordecido por el ruido. Volvamos, pues, al silencio.

**Terremoto en Haití.
 Necesitamos tu ayuda.**

902 22 22 92
www.cruzroja.es

